

## Un paseo por la playa

*Dos aguas*

ESTEBAN DUPERLY

Angosta, Medellín, 2018, 199 pp.

ESTA ES una historia sobre el lugar que dos hombres desean y buscan en el mundo, y lo que sucede cuando esos deseos se cruzan en el camino de la felicidad del otro. Es una novela en la que estos dos hombres se enfrentan por un pedazo de tierra, una coquera, “un trozo de costa en donde el mangle entraba en tregua y, en cambio, los penachos de decenas de palmas de coco explotaban hacia el cielo como fuegos artificiales” (p. 59). Es el primer libro del escritor Esteban Duperly, en el que no pasa mucho, pero cuando sí pasan cosas es una maravilla observarlas.

La novela se sostiene sobre sus dos protagonistas; difícil tarea si los personajes no estuvieran tan bien planteados. Uno es el Boga, un negro de la ciénaga y dueño original de la coquera. El otro es Bernhardt, un blanco que escapó de Viena junto a su familia al comienzo de la Segunda Guerra Mundial, huyendo de las represiones del nacionalsocialismo, y que quiere asentarse en la tierra del Boga. Ambos son machos, cabeza de familia —aunque la del Boga está compuesta por dos personas, y la del austríaco por diez—, y por lo tanto están dispuestos a hacer lo que sea para defender lo propio. Sin embargo, vienen de mundos e historias opuestos. El Boga nació en la ciénaga y vive en medio del manglar, ese mundo que Duperly continuamente llama prehistórico, y nunca ha tenido mayor ambición que sobrevivir. Bernhardt es de Viena, la ciudad que representaba la modernidad de la época, y es un hombre de negocios traicionado por su ascendencia judía. Por lo tanto, la forma como cada uno maneja su vida y afronta sus problemas es diferente, sobre todo cuando cada uno se convierte en el problema del otro. Y es eso lo que le da equilibrio e impulso a la novela.

Los encuentros y desencuentros entre Bernhardt y el Boga son momentos que pueden despertar emociones en el lector, a la vez que lo pueden hacer sonreír. Es fácil sentir los celos profundos del Boga al ver los logros y avances de Bernhardt en su pedazo de

tierra, al igual que los de Bernhardt al ver lo poco que necesita el Boga para poder vivir. Hay batallas, sobre todo en la segunda parte, que se libran en instantes, cada uno cargado de expectativas, victorias y derrotas. Uno de estos instantes es cuando, después de que el Boga caza y mata un tiburón con sus propias manos, se da cuenta de que “los hijos de Bernhardt [lo] miraban [...] se supo visto y admirado, y encontró ahí la revancha” (p. 149). Sonreímos con el Boga.

Todo esto sucede en medio de un paisaje extraordinario. Y es que entre batalla y batalla nuestra atención vuelve al mangle y la coquera. El autor hace de la naturaleza un testigo vivo de la lucha entre los hombres, sus descripciones del horizonte verde son lo más sobresaliente del libro. Duperly es fotógrafo y periodista antes que novelista, y su profesión se nota en el ojo clínico y en la entrega de detalles: “Los sonidos de siempre, el concierto de lo oscuro —las chicharras, el vuelo del murciélago, los chapoteos en la ciénaga del mangle [...]” (p. 126). Son referencias hermosas y específicas con las cuales el manglar cobra vida en la página. No sorprendería descubrir que Duperly escribió su novela sentado en la misma playa donde esta sucede.

La solidez de los protagonistas y del escenario contrasta con la floja existencia de los personajes secundarios de la novela; en particular, la de las mujeres que rodean a estos hombres. Su presencia se antoja casi paisajística durante gran parte de la novela. Más allá de ser la esposa o institutriz de alguien, la mujer no tiene un rol definido hasta bien entrada la segunda parte, y ni siquiera en ese momento gana gran definición. Los personajes secundarios deberían aliviar la carga y matizar a los protagonistas, pero casi siempre son más relleno que contenido. No es un intento de aplicar la prueba de Bechdel, pero el libro la fallaría estrepitosamente si se hiciera.

En parte como consecuencia de lo anterior, la primera parte de *Dos aguas* a veces tiende hacia lo expositivo y repetitivo. Cuando nuestros protagonistas están enfrascados en actividades mecánicas como manejar de la ciudad hasta la costa o talar el mangle, el autor recurre al flashback, una herramienta que, bien implemen-

tada, nos expone a varias historias al tiempo. Así aprendemos de los orígenes del Boga, así como de Bernhardt y su familia. Pero se abusa de este recurso y vuelven a aparecer las mismas escenas. Por ejemplo, estando en Viena, Bernhardt y su hermano Moritz son atrapados por la policía militar nazi; la segunda y tercera vez que se menciona este episodio sin agregar mayores detalles, la lectura pierde fuerza emocional y narrativa.

Lo mismo sucede cuando nos cuentan la misma escena desde distintas perspectivas. Por ejemplo, el Boga ve con recelo la llegada de un blanco desconocido (poco después sabemos que es Bernhardt) a conocer la coquera. La narración es perfecta. Rápidamente intuimos el desprecio del Boga por el blanco, dada la forma como lo describe, sobre todo en referencia a lo fuera de lugar que este se ve: “En el descanso del cuello, la humedad se le empozaba entre una arruga” (p. 50). Un capítulo después revivimos la misma situación desde la perspectiva de Bernhardt, pero Duperly no logra generar en nosotros empatía con el austríaco. “Bernhardt sudaba, y el sudor se le empozaba en una arruga en el cuello” (p. 69). Solo al final vislumbramos lo que el Boga genera en el austríaco.

A la novela le sobran este y otros momentos más. Por ejemplo, Duperly nos explica hasta tres veces por qué el libro se llama *Dos aguas*. Es aún más molesto leer detalles disonantes o que parecen forzados para hacer que la novela avance. Es el caso con el episodio en el que Bernhardt debe tomar un avión, cuya única función es demostrar que al Boga no le impresionan ni Bernhardt ni los aviones. No se explica nunca cómo el resto de la familia llega a la coquera sin tener que usar el mismo avión. Algo peor sucede con la ventana rota de la casa del Boga. Nos habían dicho que “su casa tenía paredes y piso de barro. Estaba techada con hojas de palma atadas a un envigado de mangle, de donde colgaba un gancho para agarrar babillas que cazaban en lo profundo del manglar” (pp. 13-14). Por qué o dónde habría una ventana en esa casa no lo supimos hasta que la reventaron.

La naturaleza alrededor sufre cambios profundos, pero no los personajes.

Por eso es extraño que el libro termine de una manera tan positiva, pues parece que un personaje lo gana todo y el otro no gana nada. Sin embargo, llegar hasta ese punto es como un paseo en la playa, agradable y divertido hasta que los hombros se arden y los zapatos se llenan de arena. *Dos aguas* tiene pasajes espectaculares, escritos con maestría y conocimiento. Sobresalen las peleas silenciosas entre los dos machos, de las cuales las iguanas son testigo. También es un libro al cual le sobra texto o le falta desarrollo. Los dos hombres y las palmeras hacen que la lectura valga la pena.

**José M. Lleras**